



Los médicos involucrados en el asesinato

QUIÉN MATÓ A FREI

HOY, EL JUEZ ALEJANDRO MADRID, QUE INVESTIGA LA MUERTE DE EUGENIO BERRÍOS Y EDUARDO FREI MONTALVA, TERMINA DE INTERROGAR EN ESTADOS UNIDOS A MICHAEL TOWNLEY. Y POR PRIMERA VEZ EN AÑOS, UN SELECTO GRUPO DE MÉDICOS CHILENOS DEBE VIVIR HORAS DE TERROR. LAS DECLARACIONES DEL EX AGENTE DE LA DINA LE PERMITIRÁN AL MAGISTRADO CERRAR EL CÍRCULO DE LOS HOMBRES QUE SE CONFABULARON PARA ELIMINAR AL HOMBRE QUE AMENAZABA LA CONTINUIDAD DEL RÉGIMEN DE PINOCHET, Y DE LOS DOCTORES Y AGENTES QUE INTERVINIERON EN LA MUERTE DEL EX MANDATARIO. PERO LA INVESTIGACIÓN DE MADRID DEPARA MÁS SORPRESAS: NUEVOS ASESINATOS CON TOXINAS Y GASES MORTALES Y LA FABRICACIÓN Y TRÁFICO DE ARMAS QUÍMICAS.

*Por Mónica González M.**

**Autora de los libros "Bomba en una calle de Palermo", "La Conjura" y ganadora de los premios María Moors Cabot de la Universidad de Columbia, "The Louis M. Lyons Award for Conscience and Integrity in Journalism" de Harvard y del Dan David Prize de la Universidad de Tel Aviv.*

Fotos: Archivo Mónica González

Esa mañana de diciembre de 1981 la fiebre del ex Presidente Eduardo Frei subió repentinamente. En la habitación de la Unidad de Tratamientos Intensivos de la Clínica Santa María donde se hallaba hospitalizado, la inquietud se apoderó de las escasas personas que estaban autorizadas a ingresar. La enfermera Victoria Larraechea -hermana de Martita, la ex Primera Dama-, quien trabajaba en la misma clínica, de inmediato decidió llamar al médico que lo había operado de una hernia al hiato hacía menos de un mes. Pero el doctor Augusto Larraín Orrego no fue ubicado. De allí que aceptara la inmediata propuesta del médico cirujano Pedro Valdivia Soto, de turno en el establecimiento, de examinar al destacado paciente por cuya salud miles de personas se inquietaban en esas horas.

En algo se mitigó la preocupación de la familia cuando el doctor **Pedro Valdivia Soto** ingresó con paso seguro a la habitación y lo examinó. De lo que Valdivia hizo con Frei no hay registro ni testigos. Pero Valdivia no ha podido negar ante el juez Alejandro Madrid, quien investiga la muerte del ex Mandatario, que sí lo examinó y también otro

C1-2 de la CNI, cuyos efectivos se encargaban de seguir cada paso del ex Presidente, llegando incluso al punto de filmar reuniones en las que participaba. Uno de esos oficiales, el teniente coronel Juan Renán Jara Quintana, afirma que a fines de 1979 el mando de la unidad encargada de vigilar a la DC lo tomó el comandante de escuadrilla de la Fach Osvaldo Cordero Cuevas: "Existía preocupación por las actividades de Eduardo Frei Montalva, sobre todo en el exterior, para lo cual recibíamos información del Departamento Exterior de la CNI, departamento que a su vez tenía sus redes de agentes en nuestras respectivas embajadas. En esos años, el jefe del Departamento Exterior era el coronel Sergio González Wauters... Debo aclarar que el que debe manejar más información respecto de las actividades y toma de decisiones de lo que pasaba con la DC era el coronel Fernando Suau, ya que de él recibíamos todas las instrucciones".

De allí que cuando Frei llega a la Clínica Santa María el cerco se estrecha por distintos flancos. A través de los informantes secretos que manejaba solo Raúl Lillo, uno de los máximos mandos de la unidad de política interna

hijas en una hoja de papel "¡Sáquenme de aquí!", en los pocos instantes que el agente DINA que lo custodiaba salió de la habitación. El doctor Silva -cuñado y muy cercano al ex ministro de Defensa Patricio Rojas, quien aparece ordenando una autopsia de Frei de la que nunca se supo y sólo ahora surge- hasta hoy se desempeña en el Hospital Militar, donde tenía la calidad de médico residente en la época de la muerte de Frei.

La enfermera Victoria Larraechea tampoco pudo imaginar en ese mes de enero de 1981 que le habían dejado el camino abierto a un médico de la CNI, la institución que en esos días sembraba el pánico entre sindicalistas y opositores. Y menos que el doctor Pedro Valdivia había jugado un rol en el asesinato del cabo de la DINA, **Manuel Jesús Leyton**, quien falleció en 1977 pocas horas antes de declarar ante un juez sobre la forma en que habían sido eliminados varios detenidos que figuraban en la nómina de detenidos desaparecidos, principalmente los de la cúpula del PC hechos prisioneros en 1976 en la ratonera de calle Conferencia.

Para entonces el poder de la DINA y de su sucesora, la CNI, seguía siendo total y tanto sus integrantes como

PEDRO VALDIVIA, HOY DE 64 AÑOS Y MÉDICO DE LA CLÍNICA ALEMANA, FUE CONTRATADO EN LA CLÍNICA DE LA DINA EN 1978 POR SU ENTONCES DIRECTOR, EL DOCTOR HORACIO TARICCO LAVÍN. PARALELAMENTE SE INCORPORÓ A LA CLÍNICA SANTA MARÍA CON TURNO DE NOCHE Y POR ELLO PUDO INGRESAR DE EMERGENCIA A LA HABITACIÓN DE FREI. TENÍA QUE OCUPARSE DE TODOS LOS PACIENTES QUE HABÍAN SIDO OPERADOS, EXACTAMENTE DEL CASO DE FREI MONTALVA. NADIE LE PUDO IMPEDIR, DURANTE LAS NOCHES QUE EL EX PRESIDENTE ESTUVO ALLÍ HOSPITALIZADO, EL ACCESO CUANTAS VECES QUISO A SU HABITACIÓN Y A SU PROLIJO EXAMEN.

dato no menor: cuando salió de allí, se encontró en un pasillo de la clínica con el doctor **Patricio Silva Garín**. De esa conversación quedó claro que a partir de ese momento el doctor Larraín ya no estaba a cargo del paciente. Ahora Patricio Silva, ex subsecretario de Salud del gobierno de Frei Montalva, sería el responsable y el hombre que lo operaría nuevamente en esos mismos días.

En esas calurosas jornadas de fin de año, la Clínica Santa María se había convertido en el foco de atención de un gran sector opositor a la dictadura y principalmente de la Democracia Cristiana. Frei se había enfermado en los precisos momentos en que, como integrante de la Comisión Norte-Sur, encabezada por Willy Brandt, adquiría gran relevancia internacional. Para todos era evidente que desde que encabezó el acto del Teatro Caupolicán en 1980, en oposición al plebiscito que impuso Pinochet sin registros electorales de ningún tipo y bajo una gran represión, Frei Montalva se había convertido en el personaje más importante de la disidencia. Si Frei se plegaba a la organización del paro nacional que organizaba en esas precisas horas el dirigente de la ANEF Tucapel Jiménez -con quien ya Frei Montalva se había reunido varias veces y que sería asesinado un mes después de la muerte del ex presidente-, el peligro para Pinochet y su régimen sería inminente. Eran los días en que se fraguaba por primera vez desde el Golpe de 1973 la unidad sindical de los viejos dirigentes que habían apoyado el Golpe y los jóvenes líderes, entre los que destacaba Manuel Bustos, quien ya había organizado otro referente con dirigentes de izquierda.

Así se constata en un oficio que ha podido ser recuperado de la brigada

de la CNI; por el canal de la Unidad Especial secreta de la Dine, cuyos vasos comunicantes con la CNI conformaban una telaraña represiva y por los mismos agentes que se ocupaban de seguir los pasos del dirigente DC. Fue así como el carabinero Juan Evaristo Duarte Gallejos, agente CNI, llegó con la misión de investigar en la propia Clínica Santa María lo que ocurría con la salud de Frei y lo que se tramaba en su entorno.

EL CIRUJANO DEL SARÍN

Algo mínimo de todo aquello se sospechaba en el entorno íntimo del líder DC. Pero no la magnitud de esos seguimientos y menos que personas de la mayor confianza de la familia, como su chofer Luis Becerra, ya estaban pagados por los servicios de seguridad para que informaran sobre sus movimientos y las personas con que se reunía.

Nadie de la familia reparó en que en esos momentos críticos estaban dejando la salud de Frei en manos del doctor Patricio Silva, el mismo facultativo que atendió al ex director de Inteligencia del Ejército, el general Augusto Lutz Urzúa, quien fue destinado por Pinochet a Punta Arenas en 1974 al aflorar las primeras desavenencias por el abuso de poder. Silva le diagnosticó una úlcera gástrica a Lutz y lo acompañó en el avión que lo trajo, desde Punta Arenas, al Hospital Militar, donde falleció en extrañas circunstancias, a los 52 años, después de haberse convertido en un aliado del general Oscar Bonilla para contrarrestar el poder de Pinochet y las acciones de Manuel Contreras con la DINA. La muerte del general Lutz, por un súbito cuadro infeccioso, hoy también es investigada por el juez Madrid. Antes de morir, Lutz le escribió a una de sus

sedes eran parte de los secretos mejor guardados por la dictadura. Nadie sospechaba que los respetados doctores Pedro Valdivia y **Rodrigo Vélez**, ambos de la dotación de la Clínica Santa María, cumplían funciones muy distintas en la Clínica London, establecimiento que creó la DINA bajo estricto secreto primero en Santa Lucía N° 120 y que muy luego trasladarían a Almirante Barroso N°76 después de comprar el inmueble. Tampoco que el mismo hombre de la pulcra bata blanca que examinaba a Frei hacía algo similar con detenidos torturados en el temible cuartel Borgoño de la CNI.

Valdivia, hoy de 64 años, fue contratado en la Clínica de la DINA en 1978 por su entonces director, el doctor Horacio Taricco Lavín. Paralelamente se incorporó a la Clínica Santa María como médico residente y con turno de noche. Por ello, pudo ingresar a la habitación de Frei conducido por la enfermera Victoria Larraechea, pero no fue esa la única vez que auscultó al ex Presidente. Porque sus funciones se extendían desde las 20:00 hasta las 08:00 del día siguiente, teniendo como misión ocuparse de todos los pacientes que habían sido operados. Ese era exactamente el caso de Frei Montalva. Nadie le pudo impedir, durante las noches que Frei estuvo allí hospitalizado, el acceso cuantas veces quiso a su habitación y a su prolijo examen.

Para cuando los médicos se acercaron a Frei, habían transcurrido cuatro años del asesinato del cabo Leyton en la Clínica London, y el hecho y sus autores gozaban de total impunidad. Para todos los integrantes de la DINA esa impunidad sería a perpetuidad. Y lo confirmó el propio doctor Valdivia, quien siguió desempeñándose en la Clínica de la

EL "AMIGO" DE LA FAMILIA FREI

La muerte de Eduardo Frei Montalva conmocionó al país. Una de sus nietas recibió la solidaridad de sus compañeros universitarios en esos días no querían dejarla ni un minuto sin compañía. El día del velatorio, sus compañeros festejaban un cumpleaños de un integrante del grupo y convencieron a la nieta de pasar por unos pocos minutos para recibir cariño y fuerza para enfrentar lo que venía. La reunión era en Pedro de Valdivia Norte. Allí estaba una de sus compañeras acompañada de un amigo, Osvaldo Fujike Quintanilla. Al partir tanto su amiga como Fujike le dijeron que se irían con ella, que ellos la transportarían. Fujike no la dejó ni un minuto. Cuando todo terminó, él mismo se ofreció para llevarla a su casa. Al pasar por la Clínica Santa María, Fujike le dijo que era médico y debía dejar unos materiales en ese establecimiento. Al llegar a la casa, el nuevo amigo de la nieta de Frei se integró con toda normalidad a las conversaciones y discusiones sobre los preparativos del funeral que ya se anunciaba masivo y complicado.

Fujike hizo lo mismo al día siguiente, no se separó de la nieta de Frei y sólo se apartó de ella para ayudar, ya que la seguridad de Pinochet había invadido la Catedral preparando la llegada del dictador. La sorpresa vino más tarde cuando el vicario Cristián Precht fue a la casa de los Frei y agradeció la eficiencia de la persona que la familia había puesto como enlace con la Iglesia Católica. Fue lo último que se supo de Osvaldo Fujike. Años después Eugenio Ortega, esposo de Carmen Frei y yerno de Frei Montalva, lo diviso en los tribunales acompañando a Álvaro Corbalán, el jefe operativo de la CNI.

La historia no termina allí. Porque efectivamente en la Clínica Santa María ejercía un facultativo de apellidos Fujike Quintanilla, pero de nombre Enzo y dentista. El dentista se mostró consternado por la actuación de su hermano. Contó que éste había estudiado Obstetricia pero que poco antes de finalizar la carrera, en 1978 y cursando quinto año falsificó un título de médico. Lo que Enzo Fujike omitió fue su relación con los Servicios de Inteligencia del Ejército y uno de sus cuadros más importantes, el general Eugenio Covarrubias Valenzuela. Debió haber sido una relación muy estrecha para que ambos hayan salido del país juntos el 1 de enero de 1982, en dirección a Panamá, cuando la suerte de Frei ya estaba echada. Sólo se esperaba su muerte.

No es el único viaje que hizo Enzo Fujike con Covarrubias. El 2 de agosto de 1980 aparecen ambos ingresando a Chile procedentes de Francia. Covarrubias fue director de Inteligencia del Ejército en 1991 y permaneció en ese cargo hasta 1995, es decir durante todo el tiempo que los hombres de la ex Brigada Mulchén se encargaron de limpiarle el entorno al general Pinochet. Fue uno de los principales protectores del agente de la DINE Arturo Silva Valdés, jefe de escoltas de Pinochet (a quien se dice envió como jefe de seguridad de Agustín Edwards, director de El Mercurio, función que Valdés ejerció por algunos años), quien aparece como uno de los ejecutores materiales de la huida de Eugenio Berríos de Chile y de su asesinato. El juez Alejandro Madrid procesó a Covarrubias por asociación ilícita en el caso del secuestro y muerte del químico de la DINA, Eugenio Berríos.

(sigue)

EXISTE MÁS DE UN TESTIMONIO QUE INDICA QUE EL DOCTOR LEYTON TUVO ALGÚN GRADO DE PARTICIPACIÓN EN LA ELIMINACIÓN DE LA CÚPULA DEL PC QUE CULMINÓ CON LA OPERACIÓN EN QUE SUS CUERPOS FUERON LANZADOS AL MAR Y QUE ENCABEZÓ EL CAPITÁN DE LA DINA, GERMÁN BARRIGA. EL DOCTOR OSVALDO LEYTON ERA DE TODA CONFIANZA DE MANUEL CONTRERAS, AL PUNTO QUE SU ESPOSA MARÍA EUGENIA PÉREZ VICENCIO TAMBIÉN FUE FUNCIONARIA DE LA DINA Y LA CNI, Y APARECE EN LAS PLANILLAS DE LA EMPRESA ELISSALDE Y POBLETE, QUE LA DINA CREÓ PARA PAGAR A SU PERSONAL CIVIL Y A SUS MILES DE INFORMANTES.

CNI hasta 1990, cuando ésta funcionaba en la exclusiva calle Isidora Goyenechea. Nunca nadie lo importunó por esa función. Por ello el doctor Valdivia ya no recordaba ni siquiera el rostro del cabo Leyton. Tampoco lo recordaba la enfermera Eliana Bolumburu Taboada, jefa de enfermeras y auxiliares de la Clínica London y quien escribió de su puño y letra el historial clínico del cabo Manuel Jesús Leyton. No fue nunca un tema de conversación con su esposo, el mayor Hugo “Cacho” Acevedo Godoy, uno de los hombres más cercanos a Manuel Contreras en la DINA, conocido por su crueldad.

Y es que el asesinato del cabo DINA Manuel Jesús Leyton fue sólo un prólogo de la muerte de Eduardo Frei Montalva.

EL SARÍN DEL SILENCIO

En la madrugada del viernes 24 de marzo de 1977 casi nadie en Santiago se enteró que estuvo a punto de estallar una verdadera guerrilla en pleno centro de la capital con incalculables consecuencias. Y menos que en el medio de la trama que puso en dos trincheras opuestas a un pelotón de la DINA fuertemente armado y a una patrulla de Carabineros, estaban dos renoletas robadas, una de propiedad de un chileno que a la fecha ya integraba la nómina de los detenidos desaparecidos: Daniel Palma Robledo, arrestado en su vehículo, una renoleta celeste, y de quien nada se sabía desde el 4 de agosto de 1976. El otro auto era del ciudadano francés Marcel Duhalde, que solo salvó con vida por ser extranjero y cuyo único pecado era ser dueño de una renoleta que se quería utilizar para legalizar con sus piezas la de Palma Robledo. Todo habría salido a la perfección de no mediar la acción de dos carabineros que investigaron el robo del auto del francés, descubrieron a los dos agentes de la DINA que la habían robado, los apresaron y cumplieron su misión hasta las últimas consecuencias.

Esa madrugada del 24 de marzo el entonces mayor de Ejército Vianel Valdívieso fue encargado por el jefe de la DINA, Manuel Contreras, de rescatar cómo fuera a sus dos hombres, aprehendidos por carabineros en los precisos momentos en que desarmaban las dos renoletas robadas en una casa en el sector del Cajón del Maipo de propiedad de Leyton.

Manuel Jesús Leyton y Heriberto Acevedo, los dos ladrones de autos, fueron detenidos a pesar de haberse identificado como miembros del Ejército (Leyton) y Carabineros (Acevedo), además de integrantes de la en esos días todopoderosa DINA. Pero el sargento Grimaldo Sánchez Herrera, de la dotación de Encargo y Búsqueda de Vehículos, no se amedrentó e incluso fue a su casa -después de haber dejado a los dos ladrones en el cuartel- a buscar un grabador para interrogarlos y guardar registro de sus declaraciones. Su jefe, el teniente Alfonso Denecken lo apoyó. Fue uno de esos raros hombres que no se sometió al poder de Contreras. Fue así como en las más de 24 horas que tuvo detenidos a los dos miembros de la DINA los interrogó a fondo sobre las cédulas de identidad que encontró en su poder, y que pertenecían a chilenos a quienes en esos días sus familias buscaban por todas partes sin que nadie les diera ni una sola infor-

mación. Y Leyton se sentía tan poderoso que finalmente confesó lo que para el teniente Alfonso Denecken Alberti era ya una constatación: que una renoleta era del detenido desaparecido Daniel Palma Robledo y la otra, robada a un ciudadano francés para hacer con ambas una sola que les sirviera en sus desplazamientos. Y que las cédulas de identidad pertenecían a detenidos que ya no estaban.

De desaparecidos y de muertos tanto Leyton como Acevedo sabían. Pertenecían a la Brigada de la DINA que encabezaba el capitán de Ejército Germán

“Casa de Piedra”, es decir los dirigentes principales del PC”, declaró Lawrence.

Para evitar que se supiera la forma cómo se había eliminado a los desaparecidos que la dictadura seguía insistiendo en que nunca fueron hechos prisioneros e impedir que saliera a la luz que los habían tirado al mar, el director de la DINA se mostró dispuesto a todo. Incluso a un enfrentamiento armado con carabineros.

A las 2 de la madrugada del 24 de marzo de 1977, el cuartel de carabineros donde se hallaban detenidos Leyton y Acevedo fue rodeado por un contingente



En el funeral del ex- Presidente se infiltró un hombre fuertemente vinculado con los servicios de inteligencia. En la foto, Eduardo Frei hijo encabeza el sepelio.

Barriga (quien se suicidara el 2005), quien tuvo un rol destacado en la eliminación de prisioneros políticos. El oficial de la DINA, Ricardo Lawrence Meirelles, terminó por confesar el año pasado un capítulo importante y desconocido de esa operación:

“El grupo de dirigentes del PC detenido en calle Conferencia (entre los que se encontraba el dirigente máximo del PC en esos días, Víctor Díaz) fue ejecutado en el cuartel de la “Casa de Piedra” (la casa de Darío Saint Marie, dueño del diario Clarín, situada en Lagunilla, un sector del Cajón del Maipo, de la que se apropió la DINA para operaciones muy secretas y especiales). En esa oportunidad me ordenaron prestar colaboración en el procedimiento empleado para eliminar los cuerpos, para lo cual tuve como misión custodiar dos camionetas que provenían de ese cuartel ya con los prisioneros muertos y ensacados. Recuerdo que en un automóvil presté resguardo a dos camionetas del grupo de Barriga con quienes nos juntamos en un puente camino a San José de Maipo, luego emprendimos rumbo en dirección al norte hasta llegar a la zona de Peldehue, ingresando por un camino secundario. Al llegar ya se encontraba un helicóptero en el lugar. Los vehículos se detuvieron y desde las camionetas se comenzaron a sacar los cuerpos ensacados subiéndolos al helicóptero. Germán Barriga dirigió este procedimiento, ordenando el proceder de los agentes. Abordaron el helicóptero y se dirigieron a arrojar estos cuerpos al mar. Ésa fue la única vez en que me correspondió participar en este tipo de hechos. Según recuerdo los cuerpos corresponden a los prisioneros de la

DINA armado para la guerra. Fueron momentos de gran tensión. Una hora duró el cerco que se estrechaba minuto a minuto. Finalmente, Vianel Valdívieso ingresó al cuartel y le fueron entregados los dos hombres. Allí mismo los hizo revisar por un médico que lo acompañaba: Luis Santibáñez. Valdívieso supo por Acevedo que Leyton había hablado y que les habían incautado las cédulas de identidad y otras especies robadas a detenidos, además de las renoletas. No se fue de allí sin retirar todo. Pero Denecken dejó registro de las especies. En ese documento se registra: 3 fusiles AKA y su correspondiente numeración, dos revólveres Llama, un revólver Smith & Wesson calibre 38, un revólver Famae, un revólver Rossi, un corvo del Ejército, 190 cartuchos de AKA, seis cargadores AKA, un transformador de corriente, un maletín Saxoline, trece tarjetas con ficha “Confidencial” con fotos de personas, un estuche de madera con fotos de personas, licencias de conducir a nombre de distintas personas.

Pero el secreto de los prisioneros asesinados y lanzados al mar no estaba a resguardo porque a instancias del teniente de Carabineros Denecken se inició un juicio por robo con violencia. Cinco días después, el cabo Manuel Jesús Leyton Robles falleció en la Clínica London horas antes que declarara ante el juez. Su protocolo de autopsia acredita que la causa de su muerte fue “estado asfíctico consecutivo a aspiración de contenido gástrico regurgitado”. Y lleva la firma de los doctores Pedro Valdivia Soto y Osvaldo Leyton. Su ficha clínica, fechada el 28 de marzo de 1977, está firmada por los doctores Horacio Taricco Lavín, oficial de Sanidad del Ejército y director

de la Clínica London; Luis Santibáñez Santelices, Pedro Valdivia Soto y Osvaldo Leyton Bahamondes.

Todos ellos mintieron porque años después se sabría que Leyton fue uno de los hombres asesinados por la DINA con el mortal gas Sarín que fabricó el químico Eugenio Berríos. Bajo el mando del general Raúl Eduardo Iturriaga -durante años, el jefe del Departamento Exterior de la DINA- se hallaba la Brigada Mulchén, la única que tenía acceso a las armas químicas que se fabricaban en el Cuartel Quetropillán, la casa de Lo Curro donde habitaba Michael Townley. La brigada de operaciones ultra secretas utilizaría el mismo gas Sarín para asesinar a Carmelo Soria y a Renato León Zenteno, conservador de Bienes Raíces de Santiago.

Resulta difícil pensar que el doctor Osvaldo Eugenio Leyton Bahamondes, quien firma con el doctor Valdivia la causa de muerte del cabo Leyton, desconociera ese cuadro. Y ello porque existe más de un testimonio que indica que el doctor Leyton -anestesiólogo, hoy de 56 años- tuvo algún grado de participación en la eliminación de la cúpula del PC en la “Casa de Piedra” y que culminó con la operación en que sus cuerpos fueron echados al mar y que encabezó el oficial Germán Barriga. Y es que el doctor Leyton era de toda confianza de Manuel Contreras. Al punto que su esposa, María Eugenia Pérez Vicencio, también fue funcionaria de la DINA y la CNI, apareciendo en las planillas de pago de la empresa Elissalde y Poblete que la DINA constituyó para pagar a su personal civil y a sus miles de informantes. El doctor sí debe recordarse del cabo Leyton, y de la reanimación que dice haberle hecho cuando tuvo un paro cardíaco en una habitación del segundo piso de la Clínica London, en calle Almirante Barroso, donde no había ni un solo paciente y sí un agente DINA que día y noche vigilaba al lado de su cama.

EL FUNERAL VIGILADO

El doctor Leyton no fue al funeral del cabo de su mismo apellido. Pero sí lo hizo el entonces coronel Manuel Contreras, así como el segundo hombre de la Brigada Mulchén: Pablo Belmar. Incluso, Belmar fue uno de los hombres que custodió la casa del cabo Leyton entre el día que fue detenido, el 24 de marzo de 1977, y el de su muerte, el 29 de marzo. Su esposa Mireya Barra, diría más tarde: “Cuando me lo trajeron de vuelta sus compañeros de la DINA lo noté nervioso, con miedo y recuerdo que me dijo ‘no permitas que me lleven a la clínica de la DINA’”. Pero Mireya no pudo evitar que al día siguiente llegaran a buscarlo para llevarlo a la Clínica London.

Ella se quedó en su casa, acompañada por el oficial Pablo Belmar en todo momento. Fue el propio Belmar el que le informó que su marido se había agravado, que sería necesario ir a buscarle medicamentos al Hospital Militar y que llamara como a la una de la madrugada para tener más informaciones. Mireya hizo lo que le ordenaron. Cuando llamó, casi a la hora convenida, el doctor Leyton Bahamondes le informó que al día siguiente darían de alta a su marido. Mireya preparó ropa y cuando llegaron a buscarla ese 29 de marzo ya estaba lista para ir a la Clínica

“CUANDO ME LO TRAJERON DE VUELTA SUS COMPAÑEROS DE LA DINA LO NOTÉ NERVIOSO, CON MIEDO Y RECUERDO QUE ME DIJO ‘NO PERMITAS QUE ME LLEVEN A LA CLÍNICA DE LA DINA’, RECUERDA LA VIUDA DEL CABO LEYTON, QUE NO PUDO EVITAR QUE SE LO LLEVARAN A LA CLÍNICA LONDON, DONDE LO ATENDERÍAN LOS DOCTORES DEL ORGANISMO REPRESIVO.

London a recibir a su marido. Pero al llegar al establecimiento de Almirante Barroso, una mujer salió a su encuentro y le informó que Leyton había fallecido a la una y media de la madrugada.

Lo que sigue es una secuencia de terror. Su casa fue invadida por agentes de la DINA, pero el ataúd no llegaba. Allí estaban Manuel Contreras, el coronel Pedro Espinoza y el propio jefe de la Brigada Purén, Germán Barriga. No dejaban que nadie ingresara al domicilio, sólo los familiares más cercanos que con cédula de identidad en mano debían acreditar su nexa antes de traspasar el umbral del hogar de los Leyton.

Mireya nunca entendió por qué el ataúd se lo entregaron sellado y menos que durante el velatorio agentes de la DINA sacaran el féretro unas tres veces del lugar sin que nadie explicara lo que sucedía. Pero sí lo hizo su madre, Olga Bustamante, quien con menos temor que su hija encaró a Manuel Contreras y le pidió que dejaran el cuerpo de su yerno en paz. El jefe de la DINA no se quedó callado. Le dijo que Leyton era un buen soldado y que se merecía un ataúd de mejor calidad y que, además, debían practicarle una autopsia.

De la autopsia sí saben los doctores Osvaldo Leyton y Pedro Valdívía, que firmaron su causal de muerte. Pero también Pablo Belmar, que estuvo todo el tiempo controlando la operación y que hizo lo mismo cuando le aplicaron Sarín al ciudadano chileno español Carmelo Soria con los integrantes de la Brigada Mulchén. Esa unidad tan peculiar y secreta que encabezaba el coronel Guillermo Salinas y que integraban Pablo Belmar, Juan Delmás (asesinado en Arica después del asalto al Banco del Estado ejecutado por dos de sus subordinados que fueron condenados a la pena capital), Patricio Quillot Palma, el teniente Manuel Pérez Santillán, el suboficial José Arcadio Aqueveque Pérez, el suboficial Jorge Hernán Vial Collao, el suboficial Bernardino del Carmen Ferrada Moreno, José Remigio San Martín y Jaime Lepe. Este último se convertiría en el más fiel servidor de Augusto Pinochet, el mismo que un mes después de la muerte de Carmelo Soria llegó como escolta de Lucía Hiriart y que dejaría el Ejército como secretario general de la institución casi junto a Pinochet. En 1991, cuando tenía su oficina junto al general Pinochet, en la

comandancia en jefe del Ejército, Lepe tenía a su lado a Pablo Belmar.

Los principales hombres de la Brigada Mulchén siguieron en la CNI o en la DINE. Y dos de ellos se ligaron estrechamente con Eugenio Berríos: José Remigio San Martín (quien utilizaba la chapa Alberto Arroyo Quezada y fue durante los años '80 el custodio de Berríos) y Pablo Belmar, que aparte del asesinato de Soria también participó en el del conservador de Bienes Raíces Renato León Zenteno y está muy presente en el asesinato del cabo Manuel Jesús Leyton; y que a fines de los '80 y principios de los '90 aparece en la operación digitada por el brigadier Jaime Lepe —en coordinación con la DINE— para



Frei Montalva se transformaba en el hombre capaz de unir a la oposición contra Pinochet. En la imagen, encabezando el acto contra el Plebiscito de 1980

acallar a todos los testigos que podían empañar la figura de Pinochet. Belmar termina su carrera como corresponde a un hombre de Pinochet: en Famae, como jefe de la frustrada comercialización en Malasia de uno de los productos estrellas del ex dictador, el cohete Rayo.

Hoy ya ha quedado establecido que la misión principal de los hombres que integran la Brigada Mulchén de la DINA era “otorgar seguridad al Presidente de la República y ocasionalmente proporcionar protección a otras autoridades del gobierno”, según lo declararon en tribunales tanto Lepe como Belmar.

Lo mismo seguía vigente en 1981, cuando se dio la orden de construir un nuevo laboratorio químico del Ejército, más moderno y secreto en la Escuela de

Inteligencia del Ejército en Nos, y otra unidad bacteriológica comienza a funcionar en el Complejo Químico-Industrial del Ejército en Talagante y se clausura la que funcionaba en Carmen con Curicó, junto a la Vicaría Castrense. Uno de los jefes del nuevo Departamento Bacteriológico fue el doctor Eduardo Arriagada Rehén, quien, después de asumir el mando de la Clínica London y luego la dirección de Sanidad del Ejército, estuvo en 1990 en una unidad de difícil acceso que funcionaba en el subterráneo del BIE, en calle García Reyes.

Los cambios de 1981 no fueron casualidad. Fue el punto en que se decidió pasar a otra fase de la operación de

armas químicas. La primera la habían implementado Michael Townley y Eugenio Berríos (con la ayuda de Francisco Oyarzún) en el cuartel de Lo Curro, donde se elaboraron el Sarín y las mortales toxinas botulínicas. En esta nueva fase, la llegada de un misterioso paquete El Palacio de La Moneda —donde funcionaba la Cancillería entonces—, en julio de ese año juega un rol clave. El paquete lo recoge el químico del Instituto Bacteriológico del Ejército Marcos Poduje. Cuando lo abre, descubre en su interior un tubo con la leyenda Clostridium Botulinum, una de las bacterias más mortales. Los funcionarios del laboratorio desconocían su origen y destino. Sólo el jefe del instituto, el coronel Joaquín Larraín Gana supo para qué serían utilizadas.

Cinco meses más tarde, el 9 de diciembre, en la cárcel pública un grupo de presos —comunes y políticos— sufría una grave intoxicación de causas desconocidas. La intervención de médicos de la Posta Central, que descubrieron que se trataba de una intoxicación botulínica, impidió que hubiera más de dos muertos: dos reos comunes cuya causa de muerte oficial no registró la mortal toxina. Tres días antes, el 6 de diciembre, Eduardo Frei era operado por segunda vez en la Clínica Santa María.

El 1 de enero de 1982, pocos días antes de la muerte de Frei, sale del país uno de los altos oficiales de la DINE, estrechamente ligado a las operaciones especiales y actualmente procesado por el secuestro de Eugenio Berríos, el general Eugenio Covarrubias, junto a un facultativo que trabajaba en la Clínica Santa María. Su destino: Panamá (ver recuadro).

El 22 de enero, el ex Presidente Eduardo Frei fallecía en la Clínica Santa María. Pasarían más de 20 años antes de que un equipo selecto de policías, encabezados por el juez Alejandro Madrid, comenzara a desarmar uno por uno los nudos de una red de armas químicas, cuyo balance de víctimas conmocionará tanto como los detalles de las armas fabricadas y la venta de éstas para lucro personal.

El juicio de Alejandro Madrid tiene a muchos hombres con graves problemas en el sistema nervioso. No es de extrañar entonces que surjan en estos días revelaciones diversas sobre una página que se clausuró cuando recién se había terminado la dictadura y el miedo a una regresión autoritaria recomendó no avanzar por el camino de los “pinocheques”, los tres millones de dólares que el Ejército le pagó al hijo de Pinochet por una fábrica de armas fantasma. Pero han transcurrido más de 15 años desde entonces y no extraña que el ex fabricante de armas Carlos Cardoen —quien vendiera bombas de racimo a Irak e Irán en los '80— dijera en radio Cooperativa este lunes que Pinochet traficó con armas. De eso Cardoen sabe. Nadie como él para probar que empresas que vendieron armas al extranjero en los '80 —como Ferrimar— no existían porque eran pantalla de Famae, cuyo poder lo detentaba Pinochet. Nadie como Cardoen para relatar las páginas desconocidas del negocio de las armas y la familia Pinochet.

LOS MÉDICOS DE LA CLÍNICA LONDON

Todos los recursos de la Clínica London, que tenía además ambulancias y una planta de conductores, los entregaba la Central de Abastecimientos del Ministerio de Salud. El inmueble tenía tres pisos y contaba con una guardia permanente de agentes de seguridad que le impedían el paso a toda persona que no trabajara allí. En el primero había un sector con un máximo de ocho camas para hospitalizaciones y casos psiquiátricos. En 1983 la propiedad de Almirante Barroso se vende y la Clínica de la CNI se traslada a Isidoro Goyenechea y pasa a llamarse Clínica El Golf. Su director era el coronel Sergio Herrera Silva.

Werner Zanghellini, cardiólogo, fue el primer director de la Clínica London.

Horacio Taricco Lavín, pediatra. Fue inicialmente el segundo de la Clínica London, subrogando a Zanghellini, y luego director, también fue médico de la DINA desde 1974 y de la Escuela Militar hasta fines de los '80. Es dueño de la Sociedad Horacio Taricco y Compañía Limitada, de la “Red Médica Tabancura Limitada” y de la sociedad de inversiones “Los Alerces”.

Osvaldo Leyton Bahamondes, anesestesiólogo (trabajaba simultáneamente en el Hospital San Juan de Dios), fue presidente de la Sociedad de Anestesiología de Chile, actualmente se desempeña en la Clínica Alemana por la mañana y en la tarde ejerce como gerente de una sociedad de médicos: AMCA S.A. Es dueño de cinco sociedades: “Doctores Leyton-López Limitada”, “Inversiones Mayecura Limitada”, “Inversiones Grajales Limitada”.

Pedro Valdívía Soto, cirujano, se desempeña en la Clínica Alemana. Es dueño de la sociedad “Agrícola y Forestal Los Alpes Limitada” y de la “Sociedad Médica de Cirugía Laparoscópica Ambrosio Parel”.

Roberto Laihacar, siquiata.

Sergio Marcelo Virgilio Bocaz, quien se ha desempeñado durante años en el Hospital Félix Bulnes.

Vittorio Orvietto, oftalmólogo, fue segundo de Taricco cuando éste dirigía la clínica.

Luis Hernán Santibáñez Santelices, médico internista. Es socio de 11 empresas, sus participaciones más importantes están en “Bronco Inversiones

Limitada”, “Inversiones y Asesorías Profesionales Santibáñez y González”, “Integramédica Enfermedades Respiratorias Limitada”.

Sergio Rodrigo Vélez Fuenzalida, cirujano, trabaja en el Hospital Barros Luco y luego se instala en propiedad en el Hospital Militar donde se desempeña hasta hoy. También ejerció en la Clínica Santa María hasta 1983, un año después de la muerte de Eduardo Frei Montalva. Ingresó a la Clínica London en 1976.

Sergio Muñoz Bontá, dentista

Luis Losada Fuenzalida, endocrinólogo

Eugenio Fantuzzi Alliende, otorrinolaringólogo, jefe de su especialidad en la Clínica Dávila.

Camilo Azar Saba, traumatólogo.

Jefa de Enfermeras y Auxiliares: **Eliana Bolumburu Taboada**, casada con uno de los altos mandos de la DINA y ayudante de Manuel Contreras, el capitán Hugo Acevedo Godoy. Es dueña junto a su marido de la “Comercial Acebol Limitada” y de la “Comercial Herca Limitada”.